

# CREDO<sup>1</sup>

Carolina Fernández Rodríguez<sup>2</sup>

*A mi abuela Luisa, que tenía un parque en Sevilla.*

Yo soy atea. Pero creo en mi abuela.

Porque, al poco de que yo naciera, un día cogió un tren para ir a verme y después de muchas muchas horas y de atravesar España llegó a mi casa y a mi yo diminuto le regaló un bambi gigante, un bambi gigante de peluche, un bambi-gigante-de-peluche-real. Un bambi en el que me subí durante años para cabalgar por los bosques de mi infancia.

Así que creo en ella, aunque soy atea.

Porque apenas fue a la escuela, pero escribía cartas preciosas a las vecinas que no sabían escribir, y los hijos y los novios de sus vecinas descubrían el amor de sus madres y de sus novias gracias a las palabras de aquella escritora fantasma de la que jamás

---

<sup>1</sup> Fecha de recepción: 10/11/2019.

Fecha de aceptación: 10/11/2019.

<sup>2</sup> Carolina Fernández Rodríguez es doctora en Filología Inglesa y profesora titular en el Departamento de Filología Inglesa, Francesa y Alemana de la Universidad de Oviedo, donde imparte asignaturas relacionadas con la cultura y la literatura estadounidenses. Desde los años noventa ha escrito varios relatos cortos, algunos de los cuales han recibido premios literarios en concursos de ámbito local y regional. En 1995, por ejemplo, recibió un premio organizado por dos academias de idiomas, una de Oviedo (España) y otra de Auckland (Nueva Zelanda), gracias al cual pudo realizar una estancia de un mes en Nueva Zelanda. En ese mismo año fue finalista en un concurso organizado por el RIDEA, el Real Instituto de Estudios Asturianos, con un relato que fue posteriormente publicado con el título de “La Quinta Azul”. Más recientemente, su relato “El juego del escondite”, también publicado, recibió el II Premio en el XVIII Concurso de Literatura “Relatos de Igualdad de Mujeres y Hombres 2010”, organizado por el Ayuntamiento de Miranda de Ebro (Burgos) con el objeto de visibilizar textos literarios que promuevan la igualdad entre los géneros; ✉carol@uniovi.es.

oirían hablar. Pero que, en la sombra, dirimía sus destinos sentimentales y definía los paisajes de su memoria.

Y sin tener dinero alimentó, vistió y cobijó a su familia. Y sin tener casa propia alojó a sus vecinos sin techo. Le pidieron asilo por unos días, tras los bombardeos; los tuvo años a su mesa.

Porque sonreía con sus ojos verdes y, pegada a una Singer, cantaba coplas a una bella noche de mayo. Y porque, al reírse, su vientre se descontrolaba como tierra que azota un terremoto. Porque era horonda y en las curvaturas de su cuerpo se podía refugiar un bebé sietemesino atormentado por los cólicos, un niño apaleado por el maestro nacional-católico, una pequeña víctima del clérigo pederasta. Y hasta un barrio entero. Un barrio obrero, famélico, humillado por el Régimen. Todos hallaban refugio en aquella tierra corpórea, cálida, acogedora, fértil hasta más allá de su deseo.

Porque un día se arrojó escaleras abajo, tratando de poner fin a su fertilidad, pero la vida siguió prosperando en ella, porque estaba en su ser darlo todo de sí, y darlo todo hasta el fin.

Por eso creo en mi abuela, atea como soy.

Porque cuando nací preparó un hechizo para mí. Me imaginó estudiando, leyendo, trabajando, y juró pagar mis estudios. Y su hechizo se hizo realidad. Aquí estoy yo, estudiando, leyendo, trabajando. Porque ella lo deseó, y en mí se hizo carne su deseo.

Cómo no habría de creer, os pregunto, atea y todo, si hasta me inoculó la pasión por el romance que ella absorbía compulsivamente. A través de un cordón umbilical invisible me lanzó la llama del amor romántico, entrelazada, eso sí, a un cortafuego: el de su sentido de la dignidad humana. Y aquí estoy yo, escribiendo artículos académicos

sobre el amor romántico, la trampa del romance, que te encierra en sus estereotipos de género, pero que, a veces, algunas veces, te abre una portilla por la que escapar... Sí, mi abuela se escapaba al mundo del deseo desde una novela, y en ese ignoto universo descubría los resortes de la auto-afirmación. *Este es mi tiempo de lectura, mi tiempo de ensoñación. Mi tiempo.* Y viviendo a través de una heroína reivindicaba su valía, su derecho a ser querida y a querer, su derecho a una vida digna. Su derecho a ser respetada. De forma vicaria, con un libro en las manos, defendía su credo. *Ni inferior. Ni tonta. Ni loca.*

Por eso soy creyente, siendo atea.

No puedo sino creer en ella, que era santa. No lo había dicho antes, pero lo era. Porque la vida la machacó. La machacó aquella pobreza que le impedía comprar los medicamentos de su hijo moribundo. La machacó aquel novio fascista que la dejó en la estacada al saber de sus ideas republicanas y su vientre fértil. La machacó aquel marido que la insultaba, *¡Putá!*, mientras le apuntaba con la escopeta de caza. La machacó, al fin, el cáncer, que se la llevó tan pronto. La machacó. La vida. Una y otra vez. Y una y otra vez ella se levantó, y sonrió con sus ojos verdes, y, pegada a una Singer, cantó coplas a una bella noche de mayo... *La noche más bella que nunca viví... Nunca otra noche más bella de mayo he güerto a viví...* Y escribió cartas, y leyó romances, y crió a tres hijos, y acogió a vecinos sin techo, y arrastró un bambi-gigante-de-pelucho-real por media España para que su nieta estudiara y leyera y escribiera artículos académicos... Y para que cabalgara por los bosques de su infancia y por las selvas de su imaginación.

Y ya, por fin, la última y más definitiva prueba de que era santa, mi abuela lo era, y por eso creo en ella, aun siendo atea: Porque está conmigo. Aquí. Ahora. Guía mis

pasos, inspira mis lecturas y me susurra al oído. *Escribe*, me dice muy bajito. Y aquí estoy, ¡o no me veis!

Porque ella fue, yo soy.

*Ni inferior. Ni tonta. Ni loca.*